

Daniel Meurois

La Morada del Resplandor

Memorias egipcias



Daniel Meurois

La Morada del Resplandor

Memorias egipcias



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La Demeure du Rayonnant. Mémoires égyptiennes*

© Éditions Le Perséa, 1998

© de la traducción: María Méndez Gómez

© de las fotografías de cubierta: Shutterstock

Diseño de cubierta: Adrià Moratalla Castro

Primera edición: abril de 1999

Primera edición en esta presentación: junio de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Luciérnaga

Pedro i Pons, 9-11, 11.^a pta.

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-61-5

Depósito legal: B. 7.511-2015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Prólogo	9
1. La noche de Alpu	13
2. Tebas	25
3. El vuelo del ibis	45
4. «¡Tú no eres un sacerdote de verdad!»	65
5. La Morada del Resplandor	83
6. Akhenatón	103
7. La bendición	123
8. La confesión	141
9. Clandestinidad	159
10. Los colores de la adversidad	175
11. Soledad	193
12. El argumento de los débiles	215
13. El temblor del alma	233
14. El escarabajo	245
15. Asneti	265
16. La intransigente dulzura	283
17. «Los de arriba»	301
18. En la otra orilla	317
19. Sanandatón	335
20. La noche del Sed	351
21. Esmenjkare	369
22. «Me entrego a Ti»	383

1. La noche de Alpu

Sucedió hace mucho tiempo. Tanto tiempo que ya no queda huella en la memoria de los hombres. Tanto que los libros antiguos ya no conservan la verdadera marca de lo que fue. Fue hace mucho tiempo, tanto que tal vez sólo algunas piedras que dormitan en la arena o ciertas miradas esculpidas en las rocas podrían aún dar testimonio de ello.

Sin embargo, yo lo recuerdo, pues un corazón no llega a borrar nunca aquello que tejió con otros corazones. Lo recuerdo porque el tiempo es un extraño río al que, a veces, le gusta que caminen y siembren entre sus meandros.

Fue, pues, hace mucho tiempo, cerca de tres mil cuatrocientos de nuestros años, allá en alguna parte del desierto, entre el Tigris y el Éufrates. Allí donde el sol lanza incansablemente sus rayos como dardos, donde el viento se arremolina en la rocalla desde la eternidad.

Caminaba desde hacía... ya no sé cuánto tiempo, pero caminaba. Iba solo, entre una pequeña compañía de nómadas y su caravana de camellos. Quería llegar a Alpu,³ una población grande, en pleno corazón del desierto. El camino, apenas trazado en el guijarral de los llanos y en las faldas de las montañas resacas, era interminable. No tenía ganas de charlar o reír con mis compañeros de viaje. ¿Era tal vez que los años me habían vuelto

3. Hoy Alepo, en Siria.

taciturno? Sin duda también mi alma estaba demasiado llena de las vivencias dichosas y las heridas de toda una existencia. Quería llegar a Alpu. Nada más. Y en mi interior, deseaba que aquello fuera el final de mis días.

Sabía que allí me esperaban. Al menos podía creerlo así... si todo era como antes, si nada ni nadie había cambiado. A la entrada de la ciudad debía de haber aún una casa grande, completamente blanca, de techo plano. ¿Seguiría rodeada de higueras? Hacía una luna que había enviado una tablilla de arcilla con el sello de mi anillo. ¿La habrían recibido? Mis ideas se paralizaban. Ya no sabía si mi corazón latía feliz o dolorido.

Por fin, al cabo de la última jornada, mientras el sol se teñía de púrpura, las terrazas de la ciudad antigua de Alpu se presentaron ante nuestro pequeño grupo. Por el camino que se ensanchaba, los caminantes habíamos ido aumentando progresivamente en número, como si el mismo desierto hubiese generado espontáneamente una gran cantidad de almas. Pronto me vi entre una muchedumbre de mercaderes y campesinos que apresuraban el paso. Aparte de aquellas mujeres de altiva estampa, que caminaban portando un fardo sobre la cabeza, nada más me resultaba familiar. Aquí y allá se alzaban nuevas viviendas y varios campamentos de pastores extendían la ciudad mucho más allá de lo que yo conocía de antaño. ¿Encontraría aún la casa grande de las higueras? No me atrevía a decir *mi* casa, de tantas estrellas como habían corrido por encima de mis hombros desde aquel día. Yo entonces era joven, y eran otros tiempos, tal vez otra vida... Sí, es cierto, otra vida.

A uno y otro lado del camino, el fuego de los nómadas empezaba a crepitar. Recuerdo que me ofrecieron un poco de esa alegría que le faltaba a mi alma. Sin duda fue ese olor evocador lo que me hizo enderezar la espalda y aligerar el paso.

De pronto, una voz de entre la multitud de los campesinos llamó a la puerta de mi ser. Era una voz entretejida de firmeza y vacilación, de timidez y fuerza.

-¡Nagar... Nagar-Têth!

Me detuve y busqué a mi alrededor.

-Nagar-Têth... ¿eres tú?

Distinguí al borde del camino una silueta pequeña envuelta en un velo oscuro. Estaba sentada en un gran bloque de piedra y parecía mirarme fijamente, como si me estuviera esperando.

—¿Eres tú?

Me acerqué a ella despacio, luego posé la bolsa de tela en el suelo, dudando en dar un paso más. Ella esbozó un gesto, se levantó y el velo se deslizó hasta el suelo. Entonces empecé a distinguir su rostro, un hermoso rostro ovalado rodeado por una espesa cabellera gris que bajaba en mechones hasta los hombros. Un rostro que yo conocía, marcado ya por el tiempo, pero que conservaba en los ojos el brillo de la juventud. No tuve que buscar. Todo volvía como una ola que rompe, todo estaba allí, de pronto, como antaño, sin avisar, desdibujando lo que había a mi alrededor.

Era Tyrsa, la Tyrsa de mis años jóvenes, mi hermana, mi amiga, mi cómplice. ¿Cómo la llamaba yo exactamente? Tyrsa, tal vez, sencillamente. Ya no me acordaba.

Su rostro se iluminó y yo leí un gran «sí» en el ángulo risueño de sus párpados. No recuerdo que cayéramos el uno en los brazos del otro. Era demasiado fuerte... demasiada dicha y demasiado dolor... y, sobre todo, ¡hacía tanto tiempo!

Nos miramos así en silencio durante unos instantes; di un paso hacia ella y quise llevarla conmigo al camino.

—¿Me llevas a casa?

—Ya no hay casa —dijo sonriendo con aire un poco cansado.

—¿Ya no hay casa?

—No... ya no hay casa. Mira, allí vivimos ahora. Ven conmigo.

Así pues, seguí a Tyrsa abandonando el camino para pasar por encima de algunos montones de piedras. Vi enseguida que nos dirigíamos hacia una tienda agazapada en un repliegue del terreno, una de esas tiendas de nómada, hecha de tela y pieles, del color de la tierra. Un fuego tímido iluminaba apenas su entrada; allí quise sentarme y, sin intercambiar más palabras, Tyrsa me sirvió un tazón lleno de aquella bebida caliente, roja y picante, que había hecho las delicias de todos los anocheceres de mi juventud.

–¿Qué fue lo que pasó? –me aventuré a decir.

–Fueron los «cabezas amarillas»,⁴ Nagar. Vinieron, ya hace años... y se quedaron, como has podido ver. ¡Nos lo robaron todo! Y lo que no se apropiaron lo destruyeron. Faraón no nos protegió apenas cuando esto sucedió, ¿lo sabías? Nadie lo ha entendido.

–Lo sé Tyrsa... así fue... Sin duda era necesario. Él quiso intentar...

Tyrsa se quedó desconcertada con mis palabras. Me miraba fijamente, tal vez para rescatar del fondo de mi mirada lo que la vida no había cambiado de ella. No podía comprender.

–Quiso intentar... –dije una vez más.

–Pero ¿quién, Nagar? Explícamelo.

Creo que le respondí con una sonrisa, ya que las palabras no acudían a mí. Entonces hubo entre nosotros un largo silencio y, por un instante, tuve miedo de que Tyrsa y yo nos hubiéramos vuelto dos extraños el uno para el otro.

–¿Y nuestro padre Sejmet? –pregunté al fin–. ¿Dónde está? Cuéntame.

Tyrsa bajó los ojos.

–No te será difícil imaginar que ya no está. Cuando nos arrebataron la casa ya era viejo. Soportó mal tener que venir a vivir en esta tienda. No porque su corazón estuviera amargado, sino porque su cuerpo estaba desgastado. Hace más de cinco años que regresó al país sin sombra.

Tyrsa me contó entonces en detalle cómo Sejmet, nuestro padre, se había ido, después de su resistencia pasiva contra los «cabezas amarillas», cómo habían partido de la casa, los escasos recursos de la familia que se había visto despojada.

Sí, yo ya suponía que Sejmet se había ido. No había querido pensar en ello, sin duda para no abrir una herida antes de estar seguro de que tenía un fundamento, pero ahora me encontraba frente al hecho. Aunque parezca extraño, no me dolió; hasta sentí que una oleada de frescor visitaba mi corazón como el ba-

4. Nombre que se dio a los hititas que, en aquella época, invadieron gran parte de la actual Siria.

tir de alas de un pájaro que emprende el vuelo. No quería recordar sino la hermosura de su mirada azul. Nada más.

Yo se lo debía todo, o casi todo, a Sejmet. Había sido mi padre adoptivo desde el día en que se había percatado de mi presencia, solo y errante, por un camino a cierta distancia de Alpu. Yo no tendría más de doce años y lo ignoraba todo acerca de mi pasado. Había caído sobre él un velo que aparentemente nada podía rasgar. Así, mis primeros recuerdos se remontaban a aquella época, en que lo había visto por primera vez, caminando al lado de su asno, sobre la rocalla del desierto. Tenía hambre, sed y calor. Cuando me vio, no dijo palabra. Su mirada se había fijado inmediatamente en un medallón de bronce colgado de mi cuello por un cordón de cuero. Yo mismo ignoraba su procedencia y su significado. Era un modesto trozo de metal de aspecto redondeado sobre el que habían grabado una estrella de ocho puntas. Al tomarla entre sus manos su frente se había fruncido. A partir de este simple signo, Sejmet decidió llevarme con él.

Aquél fue el día real de mi nacimiento, en el que pude empezar a tener una historia. Desde entonces, viví bajo su techo, en compañía de su hija Tyrsa y sus cuatro hermanos. La esposa de Sejmet había muerto de parto unos años antes.

Mientras mis pensamientos volaban por el pasado, Tyrsa me llenó otro tazón de bebida picante.

—¿Te acuerdas? —me dijo cogiéndome la mano. Su sonrisa se volvió tan radiante que creí que se borraba toda la nostalgia de mi alma.

—¡Cuéntame! —decía entonces sin parar—. ¡Cuéntame! ¡Explícame tu vida, Nagar!

Pero yo no podía. Lo que estaba encerrado en mi corazón era tan grave y tan ligero a la vez... un enlace tan extraño entre las nubes y el sol, entre la esperanza y la amargura. Aquello no tenía nombre. Yo no podría decir nunca...

El fuego crepitaba a la entrada de la tienda. Tyrsa acababa de arrojar en él un poco de excremento de vaca seco para reavivar la llama. Levanté la cabeza para aspirar mejor el aire de la noche que extendía suavemente su manto y mi vista captó el centelleo de la primera estrella encima de las montañas.

–¿Aún lo tienes? –me preguntó Tyrsa con tono alegre.

–No –respondí sin pensar, seguro de que se trataba de mi medallón–. No, ya no lo tengo.

–¿Así que lo has perdido?

–Sí, lo he dado... Sé que a Sejmet no le gustaría saberlo. Pero... está la sabiduría de los libros, la de los templos... y luego está la sabiduría que se encuentra a lo largo del camino. Tiene su historia para cada uno de nosotros.

Tyrsa asintió con la cabeza.

Creí por un instante que iba a poder limitarme a lo dicho, que ella había comprendido ya lo esencial de lo que yo podía lograr expresar. ¿Acaso no había bebido ella en las mismas fuentes que yo?

Sejmet, nuestro padre, no había sido un hombre como los demás. En su juventud, antes de tomar esposa, había viajado mucho, igual que su padre lo había hecho antes que él. Se decía a sí mismo «ishva»,⁵ lo que para nosotros quería decir que guardaba muchos secretos. Y, en efecto, los guardaba. Sin embargo, no hubo ninguno que no nos fuera confiando en el transcurso de los años. En realidad, Sejmet había sido sacerdote; quiero decir que siempre lo había sido. Había nacido sacerdote. Formaba parte de esos hombres para los que lo sagrado y lo profano se mezclan desde toda la eternidad. Por eso, para Tyrsa y para mí, al igual que para algunos otros, había sido un puente que sin cesar nos hacía circular de lo humano a lo divino, pues su conocimiento de los engranajes del alma del mundo era muy vasto.

Bajo su techo éramos ricos. No sólo en bienes materiales, sino también en saber. Por eso nuestra familia, la que se había convertido en mía, era respetada en Alpu.

Sejmet oficiaba cada día en un templo excavado en la roca viva. En ese ambiente crecí, sin comprender muy bien la razón... al menos hasta mis catorce o quince años, época en la que mi padre anunció que se le había indicado que yo debía estudiar la

5. *Ishva*, es decir, hicsos, nombre dado a un pueblo procedente del Este que invadió, en varias ocasiones, parte de Oriente Medio y de Egipto.

medicina y los astros en el gran Templo de la ciudad. Había allí una escuela de sacerdotes en la que mi porvenir y mi prosperidad estaban trazados. Aquello representaba un honor y yo no tenía más que obedecer. Era un tiempo en el que, a los quince años, uno se convertía en un hombre capaz de tomar la propia vida en sus manos, trabajar duro y contener las lágrimas. Era también la edad de pensar en tomar esposa. Pero yo iba a ser sacerdote, en esa clase de sacerdocio en el que el amor humano debe dejarse para el común de los mortales.

Mientras seguía atizando el fuego, Tyrsa, que parecía leer en mis pensamientos, empezó a evocar nuestra juventud. ¿Veía tal vez en ello un medio para acercarme de nuevo a ella? No hay duda de que con mi bolsa de tela y mi manto cubierto del polvo de todos los desiertos, yo tenía aún un aspecto un poco hosco. En verdad, me veía a mí mismo como un árbol de follaje espeso, en busca de una tierra lo bastante profunda para enterrar en ella sus raíces. Había dado y recibido tanto amor y estaba tan cansado... También había navegado tanto entre olas amargas que Tyrsa no se engañó y prefirió hablar de ella.

—No me preguntas nada, Nagar-Têth. Sabes... el año que te fuiste tomé esposo, contrariamente al voto que me había hecho. Entonces me alejé del servicio del Templo; esto irritó mucho a nuestro padre. Mi marido era un mercader opulento que tenía una pequeña tienda en la calle principal. Comerció con oro y piedras. Era un hombre semejante a muchos otros en esta ciudad, pero en aquel momento yo confundí sus joyas con las que brillan en el cielo. Me dio tres hijos varones; me queda uno. En cuanto a él, cuando los cabezas amarillas llegaron a la ciudad, fue su primer objetivo. Poseía demasiado oro para no inspirar codicia. De modo que, ya ves, no tengo sino un hijo al que nuestro padre tuvo apenas tiempo de enseñarle los rudimentos de la medicina de las plantas. ¿Le enseñarás tú algo más, Nagar?

En aquel instante no supe qué responder. Un poco sorprendido por la petición, escrutaba la pequeña llama que brillaba en los ojos de Tyrsa.

—Sí, claro —dije al fin.

—Vuelves para vivir con nosotros, ¿verdad? Él y tantos otros

quisieran oírte. ¿No te has convertido en «sacerdote de Faraón»? Es lo que aquí se dice...

Me sobresalté.

—No, Tyrsa, no. No creas eso. Nunca fui sacerdote de Faraón. Además, ya no había sacerdotes...

—¿Ya no había sacerdotes?

—No. Al menos ése era su deseo. El deseo de Faraón.

—Así pues, ¡tú lo conociste bien! Dicen que ha regresado al otro lado de la vida. ¿Es verdad? Se dice también que el nuevo rey es aún un muchacho joven apenas capaz de reinar. ¿Es verdad también?

—Sí, Tyrsa. Todo lo que dices es exacto. El que yo conocí, el que amé y serví, ha regresado en la barca de su Padre. Por él llegó todo y todo pudo suceder.

—¿Me lo contarás, Nagar?

Una vez más, se me hizo un nudo en la garganta. ¿Qué había sido de aquel otro Nagar, tan orgulloso y dueño de sí mismo? Me pareció que su seguridad y su serenidad habían sido barridas por todos los vientos de arena. Las escenas y palabras de mi juventud venían a mi encuentro, igual que la resaca de las olas en la orilla. Recibía su eco obnubilante como un ruido de pasos en los largos corredores de piedra de los templos de Tebas.

Mientras Tyrsa estaba ocupada en poner algunos pescados sobre la brasa, me veía a mí mismo, vestido con una túnica parda, mientras los sacerdotes de Alpu me enseñaban la naturaleza del hombre, la diversidad de sus cuerpos y la impronta de las estrellas hasta en su ser más íntimo. Luego, suavemente, dejé que la voz de Sejmet viniera hacia mí para enseñarme los aceites que curan el alma, todos esos óleos que se elaboran y se alimentan con interminables salmodias cuando la Luna está llena.

—Nagar-Têth —me había dicho un día Sejmet con solemnidad—, vendrá un tiempo en que penetrarás en el secreto de ese medallón que llevas al cuello y que hizo que yo te reconociera como uno de los míos. Lo que me atrajo es no tanto la estrella como ese signo, mucho más discreto, grabado en el reverso. Se trata de una cruz extraña, lo ves, que permanece siempre en contacto con tu pecho. Tú nunca piensas en ella y, sin embargo, debes saber que

esta cruz en movimiento⁶ es la que te imprimirá un no menos extraño destino. Por ella y por la estrella que la recubre, yo he sido puesto en tu camino. Síguelo, pues, ya que yo no soy sino un hito al borde de él. Sólo te digo, hijo mío, que no olvides una cosa. Ese camino no te pertenece. Nunca serás en él más que un servidor. Por supuesto, habrá quien te llame «maestro», no lo dudo. Sin embargo, tú sabrás realmente lo que esta palabra significa, lo que imprime al cuerpo y lo que exige del alma. En fin, sabrás bien quién es *el Maestro*.

—Toma esto, Nagar —me dijo Tyrsa sacándome de mi ensueño. Y me puso en la mano una torta de trigo sobre la cual un pescado exhalaba el olor de las brasas y las especias—. Come —dijo con firmeza—. Tu cuerpo lo necesita. ¿Sabes que por azar me dieron la tablilla con tu sello hace una semana? Por eso cada día, mientras vigilaba las ovejas, acechaba tu llegada al borde del camino. Ya no me atrevía a imaginar tu regreso, así que, para engañar mi impaciencia, me complacía en evocar en mí misma las imágenes del día que te fuiste. ¡Hace más de veinte años, Nagar! ¿Lo recuerdas tú igual que yo? Tu conocimiento de las plantas, los óleos y lo que da la vida a nuestro cuerpo se había extendido más allá de Alpu. Tu fama había viajado al capricho de las caravanas. ¿Quién habló de ti en las orillas del Nilo? Nunca lo sabremos, pero no olvidaré jamás el golpe que supuso para nosotros cuando vinieron a decirnos que Faraón te requería para una de sus escuelas. ¡Marcharse a Tebas, en plena Tierra Roja! Ni siquiera podías negarte. ¡La orden era tan formal! Tú no te resististe. Cogiste tu túnica azul, la del sacerdote instructor en que te habías convertido, un manto, unos tazones y tu grueso anillo de plata adornada con tu sello, y te fuiste sin tardar, impulsado por algo que yo no sabía qué era.

—Yo tampoco lo sabía, Tyrsa.

—Se sucedieron entonces los meses y los años. De vez en

6. Se trata de la esvástica, cruz que sugiere un movimiento. Simbolizaba la rueda solar y su origen se pierde en la noche de los tiempos. Presente con mucha frecuencia también en el Himalaya, en India e incluso en Oriente Medio, no tenía, evidentemente, el siniestro significado que se le ha dado en la primera mitad del siglo xx.

cuando, llegaban hasta nosotros noticias de tu vida y tus responsabilidades. Hubo algunas hojas de palma escritas por tu puño y con tu sello... pero era como si te hubieras ido a otro mundo, sin ninguna promesa de retorno. Nosotros lo aceptamos con serenidad porque te amábamos y sabíamos también que tú no eras de los que olvidan con la distancia y el tiempo.

»Recuerdo aún tus palabras, en el umbral de la puerta, el día que nos dejaste. Dijiste simplemente: “No me voy por mí. Hay momentos en la vida de un hombre en los que tiene que entregarse a lo desconocido, porque eso desconocido es la llamada de un destino al que no podemos escapar. En verdad, no es hacia Faraón hacia donde voy; es tan sólo esta luz, a la que quiero servir con lo mejor de mí mismo”. Y al decir esas palabras posaste el dedo en el medallón que colgaba de tu cuello. Te giraste lentamente y fuiste a unirme a la caravana que esperaba detrás de las higueras. Los primeros días maldije al cielo y lo maldecía más aún al ver que nuestro padre no estaba más en paz que yo. Por primera vez comprendí que todo su saber, nuestro saber, era incapaz de calmar un verdadero dolor. Comprendí también que era tal vez por eso, porque lo habías sentido, porque querías ir más lejos que ese saber, por lo que te habías ido tan deprisa, delegando todas tus funciones en un mismo y único día. Sólo nuestros hermanos y algunos allegados no parecieron sentir pena. Tú ocupabas, a tu pesar, un lugar tan grande aquí, tú, ¡el niño encontrado de quien nada se sabía! Tú, que habías aprendido tan deprisa en contacto con Sejmet y los sacerdotes, como siguiendo una trayectoria contra la cual nadie podía hacer nada. Tú, cuya mirada hablaba siempre de una llamada dolorosa hacia *algo más*. ¿Has encontrado lo que buscabas, Nagar? ¿Has servido a ese Sol con el que soñabas?

Me ajusté el manto y miré a Tyrsa con fijeza, hasta lo más profundo de ella misma.

—Oh, sí, hermanita, lo he encontrado. He encontrado tanto que incluso he creído perderme. He encontrado tantos caminos que conducen al Camino y mi alma ha volado tan alto que sentí que me faltaba un último aliento... que *nos* faltaba, Tyrsa. Casi lo habíamos logrado, ¿comprendes? ¡Casi lo habíamos logrado!

—Pero ¿qué, Nagar? ¿De quién, de qué hablas?

Eché al fuego los restos del pescado y se puso a crepitar aún más, después levanté la mirada hacia la bóveda celeste. Ahora era ya noche cerrada. Era como terciopelo sobre nuestras cabezas y el humo de nuestro campamento se perdía en ella en finas volutas.

Sentí que al fin mi frente y mis sienes se distendían. Reinaba en aquel rincón de la Tierra una humilde dulzura que yo no experimentaba desde hacía tanto tiempo, que había olvidado su perfume. ¿Aceptaría abrirme a ella y abandonarme? A veces es difícil aflojar el puño, aun cuando se hayan probado todos los amores y todas las ternuras. No se retiene nunca la Luz dentro de uno. Se la invita, se la deja actuar a su modo, ella visita todos nuestros repliegues internos, a veces siembra disturbios, sobre todo confusión. Y uno le dice: «Dispón de mí, estás en tu casa.» Pero nunca la retiene. El océano no pertenece a sus olas.

En fin, aquel anochecer, aquella noche, mientras miraba mis pies jugando con la arena, aquella noche mi puño aceptó distenderse dentro de mí. Entonces me cubrí la cabeza con un pañuelo de lana y empecé a hablar despacio, palabra tras palabra, perla tras perla, como un viejo con corazón de niño. Así me puse a contarle a Tyrsa la historia de Nagar-Têth, la verdadera historia de aquellos que tanto amaron al Sol.